

hicieron en el mundo parlamentario, en las épocas en que el acceso femenino a él era denegado.

En resumen, las explicaciones que propone Barrancos se ordenan a partir del tratamiento esclarecido en los problemas históricos que así lo ameritan, al tiempo que señala algunas sendas que aún no han sido desbrozadas y que merecerían atención por parte de las y los investigadores del género. Por eso el libro, publicado recientemente dentro de la colección Historia Argentina de la Editorial Sudamericana, actualiza el conocimiento sobre historia del género que tantas historiadoras e historiadores han desarrollado a lo largo de las dos últimas décadas. Para ellas y ellos no escatima la autora su agradecimiento ni su puesta en valor en el interesante "Ensayo bibliográfico" que cierra el libro. Esta generosa travesía por los libros y artículos que acompañaron la escritura tiende puentes, abre portales y muestra el sendero a cualquier persona interesada no sólo en iniciarse, sino en seguir franqueando los caminos de la historia de las mujeres en Argentina.

Norma Alloatti
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Darío Salinas Figueredo, *Vicisitudes de la democracia. Entre el peso del modelo y los límites de la política en Chile*, Universidad Iberoamericana/Plaza y Valdés Editores, México, 2007.

La discusión planteada en este libro es relevante en más de una perspectiva. La cuestión de la democracia es un tema central de la ciencia política en América

Latina desde el fin de las dictaduras que predominaron en la región hasta la década de los ochenta. Consciente de esto, el autor se propone un examen de la experiencia chilena en dos planos que movilizan dos campos de teoría que, no siendo independientes, aparecen adecuadamente distinguidos en el texto.

El caso chileno parece pertinente por el carácter de "laboratorio de experimentos de cambio social" que desde los años sesenta se atribuye al país. Aquí hay que decir que desde que Simón Bolívar mencionó a Chile en la Carta de Jamaica, ningún país de América Latina se ha propuesto seguir el ejemplo chileno. Sin embargo, por alguna razón, Chile aparece en las discusiones de ciencias sociales adornado con dos rasgos contradictorios. Por una parte se suele comenzar afirmando la excepcionalidad del país, especialmente por sus diferencias con el contexto regional, y, por otro, se destaca la intención paradigmática de los programas puestos en práctica por los gobiernos de las últimas décadas.

Asimismo está la cuestión conceptual de la democracia como tal, que en el caso de América Latina, vinculada a la presencia de los modelos liberales de política económica, tiende a reducirse a las cuestiones procedimentales, es decir, al requisito necesario, pero evidentemente no suficiente, de la renovación periódica del personal en los puestos de mando a través de elecciones más o menos limpias o, por lo menos, presentables. Sin embargo, lo magro del concepto se transforma en una deficiencia práctica. La crítica teórica afirma la necesidad, que puede llegar a presentarse hasta como urgencia, de los procedimientos democráticos, escondiéndose así una práctica democrática que

esconde sus limitaciones tras la legitimidad de un concepto teórico.

Las limitaciones de esta práctica democrática se ubican en las consecuencias económicas y sociales de su asociación con la política económica liberal prevaleciente, particularmente el aumento de la desigualdad y la pobreza.

Estas constataciones ponen en movimiento el segundo esquema teórico, el de la transición desde regímenes autoritarios. Aquí el autor pone de relieve un rasgo muy importante del proceso político chileno; lo frustrante que son los resultados de la transición al margen de las limitaciones que la confrontación con cualquier concepto de democracia revele en la realidad chilena. Uno de los indicadores más importantes es el retraimiento de las generaciones más jóvenes, expresado en la forma particular que el abstencionismo asume dentro del sistema electoral chileno. Lo más importante que los datos de la página 40 muestran es que, si bien la perspectiva del fin de la dictadura logró movilizar a una proporción relativamente importante de jóvenes, la práctica del sistema democrático resultante ha desmovilizado a esa parte de la población al pasar el porcentaje de jóvenes inscritos en el padrón electoral de 21.16 en 1988 a 3.28% en 2004.

Al rechazar el aislamiento teórico de la cuestión de la democracia al campo de la política, Salinas afirma la necesidad de incorporar las consideraciones acerca del "trasfondo social". Sin embargo, al revisar algunos autores que se han ocupado de la cuestión se encuentra con afirmaciones enfáticas acerca de la "exclusión de transformaciones en el plano del bienestar social", del campo de la discusión de la transición (Garretón) hasta autores que

afirman la impotencia de la política nacional para cambiar realidades determinadas por decisiones que se toman fuera de la región. Aquí aparecen fantasmas del viejo pasado (como dice el tango), pero es reconfortante saber que "Chile no constituye una excepción en América Latina".

El examen de los cambios en el papel del Estado en el desarrollo nacional efectuados bajo la dictadura e inspirados en el liberalismo ortodoxo, conducen a una conclusión importante desde la perspectiva del examen histórico del proceso de transición chileno; las transformaciones realizadas bajo la dictadura trascienden con mucho el carácter de reacción frente al gobierno de Allende y la Unidad Popular. Se trata de un intento de remodelación (refundación dirán algunos) de las relaciones entre el Estado y la sociedad, en particular de las relaciones entre el Estado y el mercado. Esto significó una modificación del arsenal de instrumentos a disposición del Estado para cuando, en la transición, se trata de reformular la acción política en un contexto de democratización. En el capítulo siguiente, el autor se hace cargo de las consecuencias de esto para las políticas sociales.

Partiendo de los cambios en el contexto internacional a fines de los años ochenta, señaladamente el fin del mundo bipolar con la caída del muro de Berlín, Salinas afirma acertadamente que este hecho no cambió sustancialmente la posición de América Latina en el mundo. Por el contrario, el deterioro de las políticas sociales al ritmo de los cambios de inspiración liberal llevados a cabo durante la década de los ochenta en toda América Latina, y particularmente por la dictadura militar en Chile, hicieron que los gobiernos de la concertación en Chile se encontraran en

un marco ideológico muy acotado en lo que a políticas sociales se refiere. Desde la partida se plantearon dentro del marco dominante y asumieron como suyas las dificultades del sistema, tal como lo encontraron. Se definen entonces los propósitos de equidad como creación de oportunidades y políticas remediales, focalizadas a los problemas más acuciantes. Las consecuencias de esta visión son descritas en términos de cómo la política que dice buscar la equidad, busca hacerlo en ausencia de los sectores interesados en ella. Como todas las políticas sociales buscan evitar la participación, estableciéndose como políticas “otorgadas” desde el aparato del gobierno y sujetas estrictamente a los límites prácticos, pero quizá peor que eso, a los límites ideológicos, establecidos los sectores beneficiarios del funcionamiento del sistema.

Sobre los resultados de estas políticas, es interesante ver que los éxitos en la disminución de la pobreza y la indigencia no tienen efectos registrables en la distribución del ingreso. Esto explicaría observaciones acerca de la distribución a mediados de los noventa y opiniones registradas a comienzos del nuevo siglo por el PNUD. Otro punto de observación de las condiciones de desigualdad en la sociedad está constituido por las políticas laborales. La represión a la organización sindical que siguió al golpe de Estado buscó estabilizarse en las disposiciones legales que a lo largo de la dictadura fueron reconstruyendo las relaciones sociales en el país. Así, el mercado de trabajo se transformó haciendo de la inseguridad laboral un elemento estructural. La separación de la actividad política y las reivindicaciones de las organizaciones de trabajadores, establecida en la Constitución de 1980, no

ha sido alterada más que a través de logros de luchas extensas de sectores de trabajadores con ventajas estratégicas (por ejemplo, los del cobre y hoy los salmoneos). Sin embargo, la explotación de los trabajadores del comercio, por ejemplo, que ha sido denunciada frecuentemente, no ha generado ni siquiera iniciativas que vayan más allá de establecer la obligatoriedad de cierre del comercio en alguna fiesta religiosa.

Más allá de estas anécdotas recientes, los datos estructurales que proporciona el libro que comentamos pone las bases de una explicación de los límites que se observan en la acción de los gobiernos democráticamente elegidos en la posdictadura chilena.

Los capítulos finales de este libro buscan rastrear, por un lado, la génesis de los procesos que ha analizado, y, por otro, las perspectivas de la transición. Respecto de lo primero, la visión de la incubación del golpe de Estado, a riesgo de aburrirse, es una discusión en la que no se conoce que hayan cambiado su posición los que no formen parte del gobierno de la concertación, por lo cual Salinas no lo hace. Sin embargo, es interesante el análisis de los rasgos estructurales de la política dominante que resulta de la transición negociada. A pesar de que hoy se van sabiendo nuevos detalles del contenido de las negociaciones que condujeron a la conformación de la “Concertación de Partidos por la Democracia” y su posterior instalación en el gobierno, el autor abunda en destacar el carácter de barreras al cambio establecido por la Constitución y las leyes orgánicas constitucionales, pero también, muy acertadamente, muestra la falta de voluntad política de los partidos en el gobierno para encarar cambios que, al

final, resultan posibles a pesar de ellos mismos.

En la perspectiva actual, el libro de Salinas nos conduciría a pensar en algunos cambios que están ya o deberían estar en la agenda de algunas fuerzas políticas. Sin embargo, el carácter de los cambios que resulten de las próximas coyunturas de enfrentamientos de los trabajadores, y

de las negociaciones de los partidos en la perspectiva de las elecciones próximas, son impredecibles. A pesar de eso, creo que el campo en que se resolverán algunas de esas incógnitas está bien dibujado en este libro.

Ricardo A. Yocelvezky R.
UAM-XOCHIMILCO